
Las cenizas de Prometeo. Transición energética y socialismo,
Joaquim Sempere 175
Emilio Santiago Muiño

Políticas de seguridad para la paz. Otra seguridad es posible y necesaria,
Jordi Calvo Rufanges (coord.)
Economía (de guerra)
Pere Ortega 177
Nuria del Viso

Ecología, comunidad y estilo de vida. Esbozos de una ecosofía,
Arne Naess 179
Marina Mejía, Mirella E. Maurologitia y Mikaela Simpatico

Esperanza activa. Cómo afrontar el desastre mundial sin volvernos locos,
Joanna Macy y Chris Johnstone 182
Ricardo Nieto González y Octavio Arriola Mariño

LAS CENIZAS DE PROMETEO. TRANSICION ENERGETICA Y SOCIALISMO

Joaquim Sempere

Ediciones de Pasado y Presente, 2018

214 págs.

Las cenizas de Prometeo, último libro de Joaquim Sempere, sociólogo ambiental y referente histórico del pensamiento ecologista, contiene lo esencial para el debate más importante de nuestro tiempo. Lo hace además con un texto que se lee de maravilla: conciso pero no superficial, bien escrito, anudando todas las referencias imprescindibles e ilustrado con ejemplos de mucho interés. Además, *Las cenizas de Prometeo* logra cumplir un objetivo que no es sencillo: es recomendable por igual para gente que se inicia en 2019 en temas ecológicos como para aquellos que llevan años discutiendo en profundidad sobre las diferentes aristas del problema.

¿Cuál es el debate de nuestro tiempo, utilizando la fórmula orteguiana? El de la extralimitación respecto a los límites de nuestro planeta y la necesidad de revertirla. Tras dos siglos de transformaciones técnicas y materiales abrumadoras, que han provocado una suerte de terremoto permanente en la política, la economía y sobre todo la antropología humana, las sociedades industriales han cruzado un punto de inflexión: el mundo se encuentra ya ecológicamente saturado. Y la fórmula secreta de la expansión perpetua que ha caracterizado la modernidad nos dirige rápidamente al desastre.

Con acierto en el argumento y un sólido pero sobrio aparatage de datos, Sempere nos recuerda en el primer capítulo que este proceso de aceleración constante de la producción y el consumo solo ha sido posible mediante una triple fractura metabólica. Esto es, una triple violación de las reglas circulares que siempre han regido el intercambio viable de energía y materiales de nuestras sociedades con la biosfera de la que dependemos: el uso masivo de combustibles fósiles

(depósitos de sol concentrado que permiten obtener energía muy versátil a un ritmo que, hasta ahora, podía incrementarse año tras año), el empleo de fertilizantes agrícolas (que sirven para compensar los procesos de erosión y destrucción del suelo de una agricultura industrial que se ha vuelto una actividad extractivista) y el consumo a gran escala de minerales (que ha normalizado los materiales no renovables en nuestra vida cotidiana). Lo común a estos tres procesos es que se basan en la explotación creciente de recursos naturales físicamente limitados que no son repuestos. Lo que introduce necesariamente una cuenta atrás histórica en la gran mayoría de prácticas sociales que cimientan el mundo contemporáneo. Esta cuenta atrás ha llegado, como señala Joaquim, a un momento crítico: antes de la segunda mitad del siglo XXI, la triple fractura metabólica será insostenible. Hoy las señales de tensión ecológica creciente, con su consecuente tensión política, se multiplican.

Este proceso de expansión constitutivo de la modernidad no se da en el vacío sistémico, sino empotrado en unas relaciones económicas y de poder muy concretas: el capitalismo. Que como precisa Sempere, no hay que confundir con la existencia del mercado sino con el predominio de la acumulación de beneficios económicos como un fin en sí mismo de corte totalitario. Que el capitalismo, inherentemente expansivo como una estafa piramidal, y un planeta finito son incompatibles a largo plazo es una verdad lógica que en el siglo XXI está alcanzando el estatus de un hecho empírico evidente. Por tanto, en el horizonte político que nos toca explorar en las próximas décadas sostenibilidad y poscapitalismo son dos proyectos que tienen que ir de la mano. Lo que necesariamente, como hace Sempere, nos sitúa en esa tarea intelectual de analizar y extraer lecciones del fracaso del socialismo real durante el siglo XX en tanto que empresa postcapitalista fallida. Un fracaso que, para Sempere, hay que matizar: la propia estabilidad y resiliencia mostrada históricamente por el capitalismo se debe en parte a haber asumidos rasgos tradicionalmente socialistas. Pero

como demostró la gestión de clase de la última depresión económica y el rescate bancario consecuente, de un modo perverso: como socialismo para élites, que hace públicas las pérdidas mientras privatiza los beneficios.

Esquivar el riesgo real de colapso ambiental de las sociedades industriales, al mismo tiempo que se impide el paso a fórmulas políticas de corte fascista que la nueva escasez va a exacerbar, exige dos tareas: asumir la situación de emergencia ecológica en la que nos encontramos y plantear un plan de choque que será, simultáneamente técnico (descarbonización, economía circular) y socioeconómico (transición poscapitalista). Estos son los dos ingredientes esenciales del proyecto ecosocialista, que *Las cenizas de Prometeo* aspira a actualizar. Y lo hace introduciendo en el debate algunas cuestiones esenciales que han sido poco trabajadas en los círculos ecologistas y merecen una intensa reflexión. Señalo telegráficamente cinco que me parecen ricas, polémicas y enormemente acertadas:

- La desaparición de la topografía sociológica de las dos naciones de Carlyle que marcó buena parte del siglo XX (la nación burguesa y la nación proletaria, con dos universos de valores enfrentados) y su sustitución por un *continuum* constituido por una antropología neoliberal exitosa.
- La generalización de pautas de vida profundamente insostenibles también en las clases más desfavorecidas de los países OCDE, lo que resulta de suma importancia para pensar políticamente un socialismo de la suficiencia.
- La importancia política de los imaginarios del Estado del Bienestar en la conformación de un mapa de lo políticamente posible en el siglo XXI, aunque ecológicamente su viabilidad esté comprometida.
- La necesidad de no rechazar la Ilustración y la tradición occidental como un todo homogéneo contaminado por una especie de pecado original eurocéntrico, sino tratar de extraer de la Ilustración su mejor versión en diálogo de saberes con otras tradiciones y paradigmas.

- La necesidad, en la estrategia de alianzas ecosocialista, de recorrer un largo trecho con empresas lucrativas y otros actores del capitalismo verde como única posibilidad realista de emprender la transición energética a tiempo.

Hoy que la transición ecológica es ya política oficial de la Unión Europea más neoliberal, lo que demuestra que ésta se puede modular políticamente de muchas formas, los debates ecosocialistas no pueden prescindir de esta capa de complejidad incómoda que, de modo valiente, introduce Sempere en el estado de la cuestión.

Por contraponer alguna consideración crítica, aunque *Las cenizas de Prometeo* se sitúa en un punto de equilibrio muy bien logrado entre lo mejor de la tradición socialista y los nuevos retos del siglo XXI, como la crisis ecológica, quizá en algunos momentos todavía pesan las deudas teóricas contraídas con el marco del marxismo que se cultivó en el siglo XX: por ejemplo, cuando se pone demasiada esperanza en el futuro aprendizaje por shock, prueba de una suerte de hegelianismo histórico invertido, que tiene fe en una filosofía de la historia que terminará transformando cualitativamente y de golpe una mala realidad social en algo mejor. O en los momentos en que la reflexión sobre el sujeto de cambio a construir deja entrever el esquema obsoleto de que la subjetividad política socialista depende de una determinación material, aunque fuera en última instancia. No obstante, y más allá de estas concesiones inevitables a un trauma colectivo teórico que no hemos terminado de resolver en los movimientos socialistas, *Las cenizas de Prometeo* ofrece una síntesis excelente para mantener viva la apuesta emancipatoria en el siglo XXI. Que ya no estará marcado por la plétora energética de los dos siglos anteriores sino por una contracción material que lo cambiará todo.

Emilio Santiago Muiño

Grupo de investigación transdisciplinar
sobre transiciones socioecológicas
(GINTRANS2)

POLÍTICAS DE SEGURIDAD PARA LA PAZ. OTRA SEGURIDAD ES POSIBLE Y NECESARIA

Jordi Calvo Rufanges (coord.)

Icaria, 2018

230 págs.

ECONOMÍA (DE GUERRA)

Pere Ortega

Icaria, 2018

103 págs.

La idea de seguridad sigue estando actualmente dominada por los paradigmas clásicos que la equiparan a la seguridad de los Estados y sus instituciones; esto encaja con un enfoque realista o liberal de las relaciones internacionales. Bajo este enfoque, la seguridad se concibe como prerrogativa estatal, y alude a la capacidad del Estado de defender sus intereses y protegerse de amenazas, que mayoritariamente provienen de otros Estados. Así, la seguridad se entiende en términos de capacidades militares y uso de la fuerza para el ataque o la disuasión, enfatizando instrumentos militares –aunque también políticos– para hacerla efectiva.

Ya desde los años noventa del pasado siglo comenzó a expandirse el concepto de seguridad, pero fue a partir del 11-S cuando se consolidó su ampliación a nuevas amenazas de diferente naturaleza y tipos de agentes, desde el terrorismo a la ciberseguridad, pasando por el crimen organizado, las migraciones, la seguridad energética o el cambio climático.

Conviene matizar la cualidad de dicha ampliación: más que un verdadero ensanchamiento del concepto de seguridad se ha tratado de su aplicación a una variedad de esferas. Así, el término «seguridad» se ha convertido en una palabra fetiche que se aplica a ámbitos muy diversos e inconexos. Se habla de seguridad energética, seguridad alimentaria, seguridad hídrica, seguridad fronteriza, seguridad climáti-

ca, seguridad digital, etc. En realidad, se ha producido un proceso de *securitización* de un amplio abanico de cuestiones, es decir, se ha convertido en asuntos de seguridad cuestiones que son de otra naturaleza, como el cambio climático o las migraciones.

En paralelo a este proceso desde los Estados, desde el ámbito del pensamiento crítico en paz y seguridad y desde las instituciones de desarrollo han ido surgiendo desde los años noventa del siglo XX nuevos aportes críticos desde varias corrientes teóricas –postestructuralismo, feminismo, constructivismo, estudios críticos o el marco de seguridad humana– que han provocado un giro sobre qué se entiende por seguridad y qué elementos la componen.

Las nuevas visiones confluyen a la hora de identificar la seguridad como un concepto construido cuyo contenido varía en diferentes espacios y tiempos, y como tal, vinculado a la visión del mundo de los grupos dominantes. Así, de acuerdo a la visión vigente actualmente, el acceso a los combustibles fósiles se considera una cuestión de seguridad que justifica invasiones, conflictos sin fin y desestabilización de regiones enteras.

Las visiones críticas también amplían el foco de la seguridad más allá de los Estados a los agentes sociales, ya sean individuales o colectivos, y se abren a otras consideraciones sobre los elementos relevantes que integran este concepto.

Estas propuestas resultan más acordes a la percepción de lo que se entiende por seguridad entre la gente común, no tanto referida a la capacidad de supervivencia del Estado en el que vive ni a las armas necesarias para mantenerla, sino más cercana a su propia integridad física, a los medios materiales de subsistencia para su familia y su grupo, al acceso a profesionales que cuiden de su salud y a la situación de (in)estabilidad política en el territorio que habite. En línea con esta noción, la seguridad se configura como una de las principales necesidades humanas, como recogen las principales teorías al respecto (Max-Neff y Elizalde, Doyal y Gough,

Nusbaum o Skidelsky y Skidelsky). En definitiva, una concepción de la seguridad emparentada con la de justicia social.

Sin embargo, a pesar de que estos desarrollos han planteado un reto teórico al concepto clásico de seguridad, lo cierto es que tanto en el discurso como en las prácticas ha primado hasta hoy una visión de la seguridad centrada en los Estados y en el uso de la fuerza; es más, tal enfoque se ha reforzado a partir del 11-S, cuando, a raíz de la publicación de la política de *Homeland Security* en EEUU, se inauguró un periodo de hipersecuritización que se ha extendido por todo el globo.

Actualmente hay signos de que se abre un ciclo mundial de involución que refuerza una noción de seguridad hiperdesarrollada de tintes excluyentes y reaccionarios que amenaza con inundar con sus preceptos los ámbitos más diversos. Por ello, resulta urgente cuestionar el paradigma hegemónico de seguridad y además adaptarlo a los desafíos del siglo XXI. En este sentido, la publicación de *Políticas de seguridad para la paz*, coordinado por Jordi Calvo, resulta una aportación relevante en esa dirección.

El libro se propone cuestionar tanto los parámetros del actual concepto y práctica de la seguridad «cuestionando la necesidad de la defensa tal y como la conocemos», y problematizar el arraigado militarismo y todas sus implicaciones.

El libro parte del propósito de construir una política de seguridad que sea pacifista. La tesis general del conjunto de colaboraciones, y que Calvo señala en la introducción, es la necesidad de repensar la idea y la praxis de la seguridad, transformando el enfoque a una noción más cercana a la seguridad humana y a la resolución pacífica de los conflictos, algo que es factible porque ya existe mucha teoría, pero también experiencia, en este sentido.

El libro, está dividido en dos apartados, el primero dedicado a «Desarmar y desmilitarizar las políticas de seguridad y defensa» y una segunda parte centrada en «Políticas de paz y seguridad humana», abarcando así los principa-

les ámbitos trabajados en el citado ámbito de estudios.

A lo largo de 19 capítulos sus autores –académicos y activistas de los estudios de paz en su mayoría integrantes del Centro Delàs de Estudios por la Paz y de la Universitat Internacional de la Pau– analizan un abanico de cuestiones clásicas y novedosas en los estudios de paz y conflictos vinculadas a la seguridad dentro de los marcos de la cultura de paz y la seguridad humana, en un intento común de impulsar políticas de seguridad alternativas libres de militarización, la fuerza y el miedo. Se trata de reflexiones ágiles y relativamente breves en tono divulgativo aunque riguroso.

Construir una política de seguridad que se aleje de los presupuestos dominantes y ofrezca una visión alternativa resulta un empeño de gran valor porque en el imaginario progresista parece haber renunciado a desarrollar un ideario acorde en cuestiones de seguridad, y ha permitido que este concepto haya sido colonizado por las visiones conservadoras y liberales. Existen buenas razones para impulsarla. Como argumenta Calvo, «la seguridad tradicional no es la mejor respuesta a los retos que afronta una sociedad global, interdependiente y diversa como la actual», y añade que hay buenas perspectivas para el desarrollo teórico y práctico de «una seguridad basada en parámetros diferentes, alternativos e incluso contrapuestos a la seguridad hasta ahora hegemónica».

Este objetivo incluye avanzar propuestas para una seguridad basada en la cultura de paz y el paradigma de la seguridad humana, estructura donde encajan muchas otras cuestiones que se están debatiendo actualmente en otros foros, como por ejemplo la renta básica, o la limitación del poder de los monopolios agroalimentarios y farmacéuticos.

Como sostiene uno de los autores, Pere Ortega, en una tribuna reciente («Los programas electorales y la seguridad», blog «Crónicas insu-misas», *Público*, 23 de abril de 2019), es necesario que las izquierdas reflexionen sobre este concepto y logren «un modelo de seguridad propio».

En este mismo curso de pensamiento, pero centrándose en el gasto militar y sus implicaciones para la economía y para la sociedad en su conjunto destaca el libro *Economía (de guerra)*, de Pere Ortega, en el que realiza una reflexión sintética pero comprensiva del militarismo y el ciclo de inversión-industria militar-comercio de armas-guerras, prestando especial atención a su perspectiva económica. El texto, de fácil lectura, recopila en apenas 100 páginas las principales cuestiones, incluida la seguridad humana, brindando un análisis clarificador.

A medida que nos adentramos, como parece, en una etapa de involución, resulta, si cabe, más necesario y urgente recuperar los debates en torno a la seguridad, el (anti)militarismo y la paz; también es clave que tanto desde la academia como desde el activismo se impulse un nuevo paradigma de la seguridad más acorde con el contexto contemporáneo de necesidades humanas en una sociedad precarizada, crecientemente desigual y apremiada por las urgencias de la crisis ecosocial. Otro paradigma de la seguridad es posible, y estos libros constituyen un buen punto de partida para desarrollarlo.

Nuria del Viso
FUHEM Ecosocial

ECOLOGÍA, COMUNIDAD Y ESTILO DE VIDA. ESBOZOS DE UNA ECOSOFÍA

Arne Naess

Prometeo Libros, Buenos Aires, 2018.

Traducción de Hernán Inverso y Sofía Castello.

311 págs.

¡Por fin! Hemos de felicitarnos por la traducción al español (en Argentina) de esta obra clave del filósofo noruego Arne Naess (1912-2009), bien introducida por un prólogo de Alicia Irene Bugallo (una gran conocedora de su obra). La

edición original en noruego data de 1976; el pensador del "ecologismo profundo" preparó en 1989 una edición ampliada y corregida en inglés junto con su traductor David Rotheberg, que es la que ahora queda a disposición del público castellanohablante.

Naess, quien investigó acerca de la filosofía de Spinoza y Gandhi, metabolizó rasgos del pensamiento de ambos que pueden leerse esta obra, la cual nos acerca a una forma distinta de *experimentar* el mundo. El pensador noruego hizo además numerosas aportaciones dentro del campo de la filosofía de la ciencia y del lenguaje, abandonando prematuramente su carrera académica para involucrarse plenamente en el activismo ecologista y en el desarrollo de una *ecosofía*. Desde comienzos de los años 1970 trató de promover una visión del mundo diferente, que entienda al ser humano como parte de la Tierra, y ésta como parte de la vida humana; una propuesta que sirviese como orientación para responder ante la crisis ecológico-social. Naess intenta hacernos pensar en caminos que no sean soluciones técnico-científicas ahormadas por el actual sistema económico; vías alternativas con una serie de principios, valores y creencias asociadas, que sirvan para hacer de la ecología un movimiento *profundo* (*Deep Ecology*) y no puramente paliativo ni complaciente con un sistema incompatible con la conservación de la vida. Este autor no pretende crear un sistema filosófico perfectamente consistente y lógico, donde cada afirmación quede demostrada, sino que más bien desea transmitir una serie de valores e ideas en forma de intuiciones, para que éstas puedan ser tomadas por quien las recibe de manera que le permita formarse por sí mismo una cosmovisión ecologista que sea al mismo tiempo un *auto-descubrimiento*.

Frente al pesimismo al cual puede inducir pensar la crisis en la que nos encontramos, con sus elementos de inevitabilidad, Naess plantea un haz de esperanza, abriendo una puerta donde encontrar aún asombro y alegría gracias a una reconsideración de lo que somos. Así, el filósofo noruego nos habla de una nueva ontolo-

gía relacional, que entienda al ser humano y a la naturaleza como inherentemente ensamblados, llevando a una experiencia de pertenencia que facilita no caer en la pasividad y la inacción frente al desastre. La crisis es vista como una posibilidad de convertir tanto la propia vida como la vida en común en algo más significativo, donde la calidad de vida o el progreso no se midan cuantitativamente, y dando valor a los aspectos cualitativos de la experiencia enriquecida por el sentimiento de pertenencia al ecosistema. La situación límite del planeta abre un espacio que es propicio al surgimiento de nuevas formas de sociedad: «La crisis de las condiciones de vida en la Tierra podría ayudarnos a elegir un nuevo camino con nuevos criterios de progreso, eficiencia y acción racional» (p. 67), un camino que nos aleje de los peores rasgos de las sociedades urbanas e industriales, para que éstas no acaben eliminando la *riqueza* y la *diversidad* que presenta la vida.

Tras exponer la situación ecológica crítica que atravesamos, el autor destaca la importancia de la responsabilidad individual y el activismo para generar caminos alternativos. El ecologismo profundo de Naess (así habría que traducir *deep ecology*, creemos, ya que la ecología –biología de los ecosistemas– no es lo mismo que el ecologismo –movimiento social) desempeña el papel de una auténtica corriente cultural que trata de entender la forma en la que el ser humano habita el mundo. Realiza una crítica a la perspectiva antropocéntrica que atraviesa la totalidad de nuestros hábitos culturales, argumentando que es tal visión del mundo lo que nos ha llevado a esta situación límite; así, habría que entender de otra forma la relación entre el ser humano y el mundo. Para ello, el autor revisa el discurso hegemónico que acompaña al pensamiento filosófico. Señala que gran parte del pensamiento filosófico comenzó con la búsqueda de los primeros principios de la vida en la naturaleza. El ser humano comienza a concebirse como algo separado de los eventos físicos y se aplica a estudiarlos como fenómenos en sí mismos. Esto lleva a una subjetividad domina-

dora del hombre sobre la naturaleza, entendiendo que él es el encargado de averiguar su funcionamiento para disponer de ella bajo su control. Arne Naess pone como ejemplo el modelo de pensamiento de Platón, que tuvo como consecuencia una devaluación de la realidad física en su conjunto; convirtiendo la vida humana en un ámbito aislado de la existencia, separado de los demás seres vivos y de su ambiente. Naess subraya la urgencia de recuperar la cercanía con la comunidad y el entorno para poder realizar la transformación cultural que se necesita para solucionar esta crisis.

La propuesta de un *ecologismo profundo*, posición caracterizada por supuestos ontológicos y existenciales, se presenta desde la perspectiva personal de Naess como una *Ecosofía T* (con “T” de *Tvergastein*, una montaña con la que el pensador noruego mantuvo a lo largo de su vida un vínculo profundo); ecosofía como una perspectiva posible sobre el conjunto (incluyendo en tal cosmovisión un código personal de valores que conecta con la totalidad del sistema). Naess está convencido de que «la identidad del individuo, “que soy algo”, se desarrolla a través de la interacción con una amplia variedad, orgánica e inorgánica. No hay un yo completamente aislado, no hay una unidad social aislada» (pág. 244). Se sugiere que el ser humano solo puede realizarse a través de una relación de identificación con el mundo natural mediante una concepción relacional de la realidad que comprenda la igualdad de manera biocéntrica.

Adoptar los principios de la Ecosofía T, es decir, comprender la totalidad de la vida y la riqueza de su diversidad desde una perspectiva personal ecológicamente esclarecida, es la manera de formar una sociedad que, desde lo particular a lo universal, adopte una cultura ecológica. Respecto a esto nos dice Naes que «al identificarnos con grandes totalidades participamos en la creación y en el mantenimiento de este todo. *Así participamos de su grandeza*» (pág. 256). Los principios ecosóficos y la identificación con la naturaleza deben servir de guía

para eliminar el antropocentrismo de la cultura occidental de forma pacífica, sumándose uno a uno los individuos al movimiento ecológicamente concienciado. Naess, lejos de cualquier dogmatismo, favorece una pluralidad de interpretaciones de sus principios *ecocéntricos* lo más amplia posible, considerando su diversidad como una ventaja para la afirmación del *ecocentrismo cultural*; así se abriría un nuevo horizonte para el cambio de la vida humana en la Tierra.

Como hemos visto, el pensador noruego sugiere la necesidad de hablar de una auténtica *ecosofía*, es decir, una visión global de tipo filosófico que se inspira en las condiciones de vida de la ecosfera y que pretende constituir la base que permita a un individuo adaptar su acción a los principios del ecologismo profundo. Mirando también el lado más individual, es decir, la experiencia emocional de cada uno, Naess cree que es posible combinar el conocimiento científico y filosófico con el comportamiento práctico y ético para el activismo de la *Ecosofía T*. Conservar la autonomía personal en la acción le parece fundamental para el futuro del movimiento ecologista: Naess insiste en que la aceptación del movimiento por parte de aquellos que aún no comparten los valores ecosóficos es mayor cuando la persona actúa de manera autónoma y responsable respecto a su acción, y no como una *funcionaria* del movimiento. El autor expone el modelo de las normas de la no-violencia gandhiana como bases para la acción directa en los movimientos, siendo la primera norma «¡actúa en lucha grupal y actúa, sobre todo, como una persona autónoma, de una manera que conduzca a la reducción universal, máxima y de largo alcance de la violencia!» (pág. 222). Así, apoyándose en la visibilidad y posibilidad de concienciación sobre sus posiciones que los movimientos activistas dan al resto de la sociedad, con sus nuevas formas de actuar, comprometidos con la visión *de unidad y diversidad de la vida*, Naess confía en la posible transformación de los valores no ecológicos occidentales.

El movimiento de ecologismo profundo supone el nacimiento de un nuevo paradigma

capaz de oponerse a la forma de pensar vigente, filtrándose dentro de todos los ámbitos de la sociedad. El paradigma que propone puede entenderse como una constelación de puntos provisionales (conceptos, valores, técnicas) compartidos por una comunidad científica, o como una constelación de valores y conceptos compartidos por una comunidad social. De esta manera, una comunidad o sociedad que acoja este paradigma tendrá como base el pensamiento de alguna *Ecosofía T* (o más bien varias: Ecosofía A, B, C, D...), de tal forma que se produzcan cambios *profundos* en la forma en la que la comunidad se organiza. Arnes Naes afirma, por ejemplo, que «un cambio en la tecnología implica cambio en la cultura» (pág. 161).

El enfoque ecológico es el que debe unir a las comunidades locales para poder superar la crisis ecológica. Arne Naess señala de distintas formas en su libro la importancia de la conciencia de interdependencia como algo inherente en la vida. El nuevo *estilo de vida* que propone rechaza la centralización del poder de organización. Las comunidades tienen que componerse de individuos activos, que dispongan de una autosuficiencia local que les permita la *auto-realización* de las personas por medio de la cooperación. El pensador noruego confía en que todas las comunidades y la sociedad en su conjunto sean capaces de encontrar el objetivo común a largo plazo sobre la conservación del planeta y las condiciones para que este albergue vida. Para ello, en *Ecología, comunidad y estilo de vida* realiza un profundo análisis donde plantea una alternativa a la actual forma de vida en nuestras insostenibles sociedades: las comunidades posibilitan comprender que nuestra naturaleza y la del resto de seres es la *interrelación* y permiten a la persona vivir bajo un sentimiento de *pertenencia*. De más está señalar que tales propuestas han suscitado un vivo debate, y que Naess recibió durante cuatro decenios toda clase de críticas, tanto desde el ambientalismo “superficial” como desde la ideología productivista dominante. Ahora, con la traducción de este libro clave, lectores y lectoras tendrán

por fin la oportunidad de formarse un juicio por sí mismas.

Marina Mejía, Mirella E. Maurolagotia y
Mikaela Simpatico
Universidad Autónoma de Madrid

ESPERANZA ACTIVA. CÓMO AFRONTAR EL DESASTRE MUNDIAL SIN VOLVERNOS LOCOS

Joanna Macy y Chris Johnstone

Ediciones La Llave, Barcelona, 2018

326 págs.

«Un millón de especies, amenazadas de extinción a un ritmo sin precedentes». De este modo reza el titular de una noticia de portada en un conocido diario que ha tenido una amplia repercusión internacional en los días previos a la redacción de esta reseña. La noticia se hace eco del informe de la IPBES, auspiciado por la ONU, que apunta a los efectos catastróficos de la actividad humana sobre la red de la vida. No es algo que nos tome por sorpresa. Desafortunadamente estamos ya acostumbrados a informaciones angustiantes que nos hablan de la destrucción que el ser humano está causando en el medio natural. Cambio climático, destrucción de ecosistemas, pérdida de biodiversidad, agotamiento de recursos, crisis económica, división y conflicto social, etc. son graves señales de un mundo enfermo con las que nos hemos acostumbrado a convivir. ¿Es posible revertir esta situación? ¿Qué podemos hacer como individuos ante la enormidad de estos problemas y ante las inercias socioeconómicas que los producen? No resulta difícil caer en sentimientos de impotencia y desesperanza que nos conduzcan a una pasiva resignación que se imponga a nuestro deseo de contribuir al proyecto de un mundo mejor. Joanna Macy,

doctora en filosofía, estudiosa del budismo, de la teoría general de sistemas y activista de los movimientos por la paz y la justicia social y ambiental, y Chris Johnstone, médico experto en adicciones y en psicología de la resiliencia, la felicidad y el cambio positivo, nos proporcionan en *Esperanza activa* una guía para superar el desánimo y encontrar la inspiración y fortaleza necesarias para participar activamente en el cambio ecosocial.

Pero, ¿qué clase de esperanza? También estos son los tiempos en que Greta Thunberg nos advierte: no necesitamos esperanza sino acción. ¿Quizá una *esperanza sin optimismo*, como sugería Terry Eagleton en 2015, en su valioso libro homónimo? Macy y Johnstone identifican tres relatos desde los que uno puede enfrentarse a aquel escenario angustioso. En el *Business as Usual* se considera que no hay necesidad de cambio, pues aún seguimos dentro de la senda del progreso, que es la del crecimiento económico, y que si hay problemas que amenazan nuestra prosperidad ya se irán solucionando –en gran medida gracias a la tecnología, en la que se deposita una fe casi religiosa. El segundo relato es el del *Gran Desmoronamiento*, según el cual se acepta que el colapso –cambio climático imparable, cenit del petróleo, superpoblación, etc.– ya está aquí, es inevitable y apenas nos resta ser testigos del mismo, adoptando una postura de desaliento y conformismo. Frente a estos, el *Gran Giro* es el relato de la revolución necesaria, la de la creación de una sociedad sustentadora de la vida que auspicie la curación y regeneración de nuestro mundo. Embarcarnos en el Gran Giro nos ha de proporcionar un sentido de propósito y un sentimiento de renovada vitalidad, pero para mantener y fortalecer nuestro compromiso con el proyecto de recuperación del mundo puede ser conveniente recorrer, tantas veces como sea necesario, la espiral del *Trabajo que Reconecta* (aplicando una metodología que Macy ha puesto a punto desde hace años), donde se distinguen cuatro movimientos: 1. Apreciación del valor de los dones de que la red

de vida y la naturaleza nos proveen 2. Reconocimiento y aceptación de los problemas y amenazas que aquejan al planeta y a la sociedad humana 3. Cambio de percepción y de conciencia que se plasme en una revisión del lugar que ha de ocupar el ser humano en el mundo, así como de sus relaciones con los demás y con la naturaleza y 4. Movilización de las energías personales para ayudar a la resolución de las crisis a las que nos enfrentamos. Este esquema constituye la columna vertebral de la obra, que procede a desarrollar los aspectos clave de estas cuatro dimensiones.

Los autores explican cómo el sentimiento de gratitud por los dones recibidos promueve en nosotros el bienestar y la felicidad, al tiempo que sienta las bases de la confianza y la generosidad (cap. 3). La gratitud nos aparta así de la competencia feroz que caracteriza las modernas sociedades capitalistas y favorece el comportamiento cooperativo. El principio de la gratitud puede hacerse extensivo a nuestra relación con la naturaleza: según la ciencia moderna de la teoría Gaia, nuestro planeta es un *sistema* autorregulado en el que la vida se cuida a sí misma y en el que las especies cooperan unas con otras con el resultado de mantener el equilibrio ecológico. Por tanto, debemos a la biosfera la aparición y preservación de las extraordinariamente raras condiciones que posibilitan nuestra propia existencia, así como servicios de incalculable valor de los que disfrutamos “gratuitamente”. Al adquirir plena conciencia de este hecho surge en nosotros un sentimiento de gratitud y, con ella, el impulso de cuidar y proteger ecosistemas y la biosfera.

A continuación, se analizan las razones que se interponen en la aceptación de las realidades perturbadoras que aquejan a nuestro mundo (cap. 4). Se encuentran aquí tanto mecanismos bien estudiados por los psicólogos –la negación de los hechos angustiosos o la tendencia a no destacar de la opinión mayoritaria–, como la existencia de poderosos intereses contrarios al cambio –comerciales, políticos, etc. Pero el dolor no ha de conducirnos a la parálisis y al

fatalismo, sino que debe considerarse una respuesta sana y natural a un mundo traumatizado, del mismo modo que en la teoría de sistemas la retroalimentación negativa constituye una alarma que alerta de que el sistema se está desviando de su trayectoria y de que es necesaria una corrección. De este modo, al *honrar nuestro dolor por el mundo*, desbloqueamos nuestras energías y capacidades de cara a la tarea por acometer.

La segunda parte del libro, *Ver con nuevos ojos*, desarrolla un aspecto clave: la reivindicación de una perspectiva distinta del yo (cap. 5), una percepción que entronca con el budismo, con la propia teoría Gaia, así como con otras tradiciones espirituales. De acuerdo con esta perspectiva, el yo se concibe como parte de una red de vida más grande. Esta idea de pertenencia, de interconexión o de *ampliación del sentido del yo* posibilita una transformación de la noción del egoísmo. Así, por ejemplo, al proteger la naturaleza realmente nos estaremos protegiendo a nosotros mismos. Frente al ego desconectado, base de la sociedad individualista, consumista y productivista que nos lleva al enfrentamiento y que divide a las personas entre ganadores y perdedores, del yo interconectado surge el estímulo a la cooperación, así como el deseo de cuidar de nuestros yoes ampliados, o *circulos de yo*: la familia, la comunidad de cooperantes, la humanidad y, en última instancia, la comunidad terrestre de la vida que siente y actúa a través de nosotros. De este modo la ampliación de nuestro interés personal conduce al impulso –la *bodhicitta* del budismo– de actuar en pos del bienestar de toda la vida. Sobre estas premisas, la antigua concepción del poder como dominación, un *poder-sobre* que implica competición, conflicto, oposición y miedo, se transforma en un *poder-con* basado en la sinergia y la cooperación (cap. 6). En contraste con la epidemia de soledad que aqueja al hombre moderno, aquella perspectiva espiritual de interconexión conduce a una experiencia más rica de comunidad y compañerismo, así como a formas de riqueza –amor, amistad, confianza, belleza,

etc.– que refuerzan nuestra seguridad y que dan fuerzas, propósito y sentido a nuestras vidas (cap. 7). Por último, el sentido de pertenencia a niveles de comunidad superiores es la base para una percepción distinta de nuestro tiempo que sustituye la visión cortoplacista característica del mundo de los negocios y la política, o del consumismo, ciega a los costes y riesgos que exportamos hacia el futuro, por una concepción extendida del tiempo en la que tomamos conciencia de la herencia que hemos de legar a las generaciones futuras, a nuestro yo ampliado.

La parte tercera de *Esperanza activa* es la que posee una orientación más práctica: abunda en la propuesta de herramientas, técnicas y ejercicios –individuales y grupales–, así como en ejemplos de la vida real y de la propia experiencia de los autores, cuyo propósito es asistir al lector activista en la producción de una visión inspiradora y en su realización. ¿Qué nos gustaría que sucediera? ¿Cómo se llevaría a cabo? ¿Qué papel hemos de jugar? Estas preguntas básicas deben ser abordadas con creatividad y rigor para producir un programa planificado, práctico y realista. Si bien la empresa enfrentada es titánica, hay que atreverse a creer que el cambio es posible (cap.10). El optimismo y el entusiasmo se refuerzan acudiendo, por ejemplo, a casos inspiradores de la historia o a experiencias personales de perseverancia y éxito. Por supuesto, el Gran Giro es un proceso esencialmente colaborativo en el que el apoyo mutuo incrementa la motivación, entusiasmo y resiliencia del activista, así como produce una mayor sabiduría colectiva. Mediante nuestro ejemplo podemos construir esas redes de apoyo a nuestro alrededor, contribuyendo así al crecimiento de una cultura comprometida con la sostenibilidad, los valores ecológicos y la justicia social, promoviendo un necesario cambio de conciencia.

Para finalizar, *Esperanza activa* nos propone la figura del *bodhisattva* –los personajes heroicos de la tradición budista que, una vez alcanzada la iluminación y ya a las puertas del *nirvana* deciden no obstante regresar a este mundo para ayudar a los demás– como fuente

de inspiración. Sin embargo, no es preciso ser budista para suscribir la propuesta de Macy y Johnstone, que aúna dicha tradición espiritual con nociones filosóficas de la *ecología profunda* de Arne Naess. Los autores concluyen con una premisa innegociable: la vida del individuo está conectada espiritualmente con niveles superiores de vida, en los que participa y trasciende, de modo que el alineamiento de los fines propios con los de la red global de vida es fuente de felicidad, de satisfacción y de un sentimiento de realización personal que constituye la más poderosa motivación para situarnos en la senda del Gran Giro y para perseverar, con amor y fe, en el proyecto por la sanación y recuperación del planeta.

Ricardo Nieto González y
Octavio Arriola Mariño
Universidad Autónoma de Madrid